

LA MALETA IGNORADA

La figura totémica del toro pertenece a la proto-historia de todos los pueblos del Mediterráneo y el Oriente Medio, como símbolo de las fuerzas inclementes de la naturaleza y al mismo tiempo, de la vitalidad, el impulso genésico y la fertilidad que asegura la vida. Reiteradamente el toro es figura central de los mitos más diversos y objeto de ritos milenarios que en la Iberia ancestral se han mantenido vivos por bastante más de un centenar de siglos.

Son muy conocidos los testimonios grabados y las impresionantes esculturas que desde la civilización micénica ingresaron a la mitología griega, expresamente rica en las más variadas alusiones al culto del toro, desde Mitra al Minotauro y de allí a los Tartesos y a las tareas de Hércules en los predios de Gerión y sus rebaños. No podía ser de otra manera dentro del clima de intensa tensión espiritual del naciente pueblo heleno, dispuesto a enfrentar el orden y la racionalidad frente al caos y el instinto primario. Desde los mismos cimientos de la conciencia colectiva la curiosidad exploratoria del hombre quiso entender la naturaleza en todas sus manifestaciones para incorporarla a su conocimiento ordenado con la aspiración de someterla, ya por medios mágicos, ya por ritos místicos. Ambas actitudes, sempiternamente contrapuestas, simbolizan por una parte, la búsqueda de la relación causa-efecto que impulsará la ciencia y por la otra, el anhelo milagroso ante el infinito incomprensible, de la fe religiosa.

Este dualismo intelectual, que conserva la civilización de occidente, impregna todas las manifestaciones culturales que su historia trasmite. De lo que no hay constancia perdurable es de los intentos vanos de negar o trastocar las realidades de la naturaleza y mucho menos, de atribuir el supremo don del discernimiento y la conciencia a los componentes de reino animal, no obstante la tentación impuesta por el recurso siempre utilitario de la domesticación. Ambas vertientes de la tensa realidad mantienen vigente la inescapable confrontación con la naturaleza, tal cual es. La suprema aspiración del misticismo religioso es superar las limitaciones de la naturaleza humana, pero nunca negarla.

El privilegio racional del hombre frente al caos y la barbarie, vinculada "ad perpetuum" a la fuerza genésica y a la supervivencia, encontró desde los comienzos de la historia de nuestra cultura su manifestación más próxima y sentida en los mitos, ritos y juegos del toro que, para el íntimo sentimiento de los pueblos son mensaje directo a su inquietud vital, que no pasa por alcabalas intelectuales o pseudointelectuales, donde no son capaces de entender el mensaje.

Los pueblos Ibero-americanos, para bien y para mal, somos hijos legítimos de esa cultura muchas veces mestiza y siempre atormentada, que no pudo escoger otros personajes para emprender la sobrehumana tarea de la conquista y colonización de todo un continente en plazo perentorio y con procedimientos tan brutales como efectivos a los fines propuestos. Allí mostraron lo mejor de su temperamento heroico y lo peor de los bajos instintos de su naturaleza humana.

Los pueblos que así tuvieron su origen dentro de la más amplia gama de climas, ambientes y circunstancias, formaron un nuevo mundo disperso y diverso hasta la incoherencia frecuentemente paradójica. A más de cinco siglos de distancia sus frustraciones del presente, son sus mejores promesas para un mundo mejor en el mañana.

Pero todos heredamos de las mismas fuentes: el lenguaje hablado, el escrito y el comprensible, pero no articulado de los gestos; la religión única y múltiple, llena de sincretismos, espiritualmente tan legítimos como la de preceptos ortodoxos y el viejo ropaje, variopinto y atrabiliario de usos, costumbres, resabios, miserias y grandezas: eso que hemos dado en llamar cultura, palabra con tantas acepciones como intereses o propósitos de conveniencia circunstancial. Contra ella se esgrimen, como arma arrojada, la crueldad y la injusticia de las ejecutorias de los conquistadores y se pinta un panorama dantesco a los ojos de la modernidad, sin recordar como fue posible la consolidación de los grandes imperios indígenas de Mesoamérica y el macizo andino del sur.

No viene al caso discutir el origen de la "leyenda negra" en la conquista del siglo XVI. La propia Iglesia Católica ha purgado sus culpas, entre ellas la desaparición inicua de viejos códices y testimonios históricos insubstituibles. Sin animo ni posibilidades de entrar en un debate digno de mejor escenario, el pasmo inicial y la justificada admiración que los estudiosos destacan en los alcances prodigiosos de las culturas pre-colombinas, no se muestran en el tejido cultural de la América contemporánea, mas que en limitadas o muy puntuales manifestaciones artísticas, de gran valor testimonial, o en las manifestaciones indigenistas canalizadas por manipulación política.

Nos guste o no, el equipaje cultural de los Ibero-americanos tiene el contenido que heredamos de la España naciente, que en la victoria y el error flagrante, nunca negó su realidad vital. Los enseres utilitarios que estos pueblos han incorporado se van amalgamando dentro de la prodigiosa caja de Pandora que los hace distintos. Otras adiciones exógenas, por enriquecedoras y legítimas, han sido acogidas con el secular espíritu ecuménico de viejos mestizos y muchas otras pretensiones han sido rigurosamente repelidas por la cáscara del orgullo bien ganado. Dañino, sin embargo, ha sido el asalto que con el pérfido ropaje de la modernidad y el pregonado progreso de los pueblos sajones, en renuncia de la sagrada condición humana, clama con vehemencia digna de mejor causa, los supuestos derechos de los animales y la defensa de la recién descubierta crueldad, al tiempo que se recurre a indemostrables sofismas ecológicos en los discursos verdes donde se repiten rojas ideas totalitarias, ya derrotadas por la historia.

La ignorancia, permisiva y audaz, les ha permitido llegar a la intimidad de una maleta que suponen ignorada y hacen objeto preferente del espolio la perviviente fiesta de los toros, como emblema de la "leyenda negra". Así, los puritanos petulantes de nuevo cuño, la han escogido para la redención de sus "pecadillos" que la historia también recoge con detalle, desde el agiotismo sanguinario de su origen protestante, hasta delitos aun mayores, de lesa humanidad y jugosos proventos económicos. La moral calvinista, pragmática y escurridiza, auspicia con beneplácito la espiritualización de simpáticos animalitos animados, modelos generosos de bondad conciente, promotores de una supuesta moral artificiosa, mediante la deformación radical de la comprensión de la naturaleza. Para intensa promoción cinematográfica ha resultado tan fácil transferir los más nobles sentimientos humanos a un ratón, un pato o un venadito silvestre, como crear nuevos "héroes", que con el uso de todos los recursos tecnológicos, son capaces de demoler media humanidad sin mover las pestañas.

Esta transmutación falsificada es el camino expedito, sin explicación racional, para otorgar al mundo animal atributos de conciencia privativos del hombre y supuestos derechos antropomórficos, para convertirlo en víctima de dolor y crueldad, que se olvida a la hora de la buena cocina y se reivindica con escándalo ante el toro de lidia. Es evidente la hipocresía de este alarde de modernidad que traiciona la comprensión real de la naturaleza, anhelo sempiterno del hombre civilizado. La confrontación vital de las tragedias, mas de veinte veces centenarias, sigue en pie y cualquiera que sea la catarsis que se busque, esa no admite falsificaciones ni impostores. La historia de los últimos tiempos ha mostrado cual es el precio que paga la humanidad a la perfidia.

Esta vieja cultura que heredamos no está en el trance de buscar prosélitos, como tampoco quiere tener evangelistas, aspira solamente el respeto de sus raíces y a ser objeto de sobria tolerancia si no se le permite reclamar el esfuerzo de una comprensión inteligente.

La mas vetusta de las manifestaciones culturales del hombre: la agricultura reclamó en principio el conocimiento y pretendió el dominio de las fuerzas de la naturaleza, tal cual es, por ello fue origen de la observación de los astros y condujo al pensamiento abstracto. Alimentó, tanto las necesidades orgánicas con sus productos de la tierra, como la inquietud intelectual. De la inquieta convivencia del agricultor con la naturaleza surgieron las primeras manifestaciones artísticas como expansión del espíritu humano: acciones desinteresadas o lujosas que enriquecieron su acervo trascendente a generaciones y generaciones posteriores. No hubo lugar para traiciones o suplantaciones de la naturaleza y hasta los primeros códigos que regularon la convivencia pacífica de poblaciones, cada vez más numerosas y en competencia por recursos escasos, surgieron de los imperativos de la naturaleza. Ella había impuesto sus reglas inapelables al cazador primitivo, a sus prácticas venatorias y el necesario éxito para la supervivencia de tribus primitivas dependía del conocimiento del comportamiento de sus presas en cada circunstancia de lugar y de tiempo.

La domesticación aproximó la relación animal-hombre pero nunca procedió en oposición a las leyes naturales, mas bien hizo uso conciente y eficaz de sus postulados, producto de larga y atenta observación de causas y efectos. Una sabia y muy compleja aplicación de esas reglas hizo posible la explotación de rebaños de vacunos silvestres, en plena libertad, en dehesas sin mas barreras que las naturales o en praderas ilimitadas, antes en la vieja piel del toro de la península ibérica y tiempo después en las llanuras aluviales del trópico, las pampas del sur, las mesetas de la Nueva España o las planicies interminables del norte, donde la ambición humana primero, y la paciente vaca después desplazaron a incontables rebaños de bisontes, su pobladores indígenas.

Las prácticas agro-ganaderas de huasos, gauchos, llaneros y vaqueros de distintas latitudes se transmitieron hasta nuestros días y la faena de campo pasó a engrosar el folklore en exhibiciones de coraje, audacia y lucimiento, como lo afirman testimonios vigentes de gran extensión y popularidad creciente: el coleo criollo, la charreada mexicana y su derivación hispano-sajona, el rodeo norte-americano. En cada una de estas manifestaciones se esbozan, cada vez mas acentuadas, las diferentes actitudes personales de los ejecutantes, más allá del solo dominio técnico de la situación, con una clara intención artística.

Producto de la decadencia de la España caballeresca que alanceó toros bravos en plaza pública con el mismo alarde de valor y destreza, llegó el hombre de a pié a la lidia directa con el toro salvaje, como culminación de un largo proceso que el verso certero de Agustín de Foxa resume en "la vieja amistad, dos veces milenaria, entre el hombre español y el toro bravo". No fue por azar que el talento rustico de José Daza, hombre de campo y picador en plaza, entrado el último tercio del siglo XVIII hiciera escribir por otras manos sus experiencias bajo el titulo "Precisos Manejos y Progresos, Condonados en Dos Tomos, del Mas Forzoso Peculiar Arte de la Agricultura, Que Lo Es del Toreo, Privativo de los Españoles". Cuanta penetración y acierto pudo encontrarse al correr de los siglos en este titulo tan peculiar, concebido cuando el toreo de a pié apenas daba sus primeros pasos.

Arte agrícola-ganadero, hijo del conocimiento de la naturaleza que da oportunidad al espíritu humano a expresar su angustia en la confrontación visible y descarnada del instinto y la fuerza con la habilidad inteligente del hombre. Este "peculiar" arte de la agricultura comenzó a florecer al calor de nuevas corrientes de relación social y de exaltación del individuo. El aristócrata se baja del caballo y deja a pie al antiguo "chulo", que cobra por cumplir su oficio, mientras el caballero lo hacía sin interés, solo por afición y lucimiento. Este hombre del pueblo llano, toma La Bastilla y se apodera del alma colectiva al convertirse en paradigma de audacia, entrega y sobriedad frente a la muerte misma. Asciende, tanto a los palcos elegantes, como a los tableros pueblerinos, con el lenguaje universal de su espontánea expresión corporal; el único que sabe.

El héroe popular atrae entonces la predilección de la aristocracia que se confunde con toreros, majas y chisperos. Don Francisco de Goya, el de los toros, burla burlando, de manera torera, dejo constancia imperecedera de esta circunstancia. El personaje emergente reúne, sin proponérselo, los gestos y posturas que dieron origen a la danza mítica y la entrega sincera, al borde de la muerte, lo hace expresar los más íntimos sentimientos. Allí surgen múltiples actitudes personales: la eficacia escueta, la gracia espontánea, la elegancia sobria o los gestos de entrega apasionada y cada una de ellas marca su diferencia clara frente al artificio o la impostura que puede deslumbrar, pero no dura. Por esos rumbos o por la infinita diversidad de sus combinaciones, cuando hay verdad, se encuentra la armonía de la naturaleza y el espíritu humano que la desafía, y llega a escucharse lo que la sensibilidad poética de José Bergamín, percibió como "la música callada del toreo".

Dicen que Juan Belmonte dijo, entre sus tantas sentencias con fortuna literaria: "Se torea como se es" y quien es capaz de llegar al tendido se apodera del sentimiento colectivo. Va a madurar, sin que nadie se lo propusiera de antemano, la expresión artística dentro del antiguo ejercicio que comenzó en el campo y su proximidad se sigue respirando en los tendidos de las plazas que aguzan su sensibilidad en la medida que mantienen vigente la tradición agropecuaria. Sin embargo, es un filosofo germánico quien nos devuelve a los orígenes cuando explica: "En cualquier obra de arte intervienen la naturaleza y el espíritu, conciliándose. Lo bello es esa armonía de principios opuestos: la idea y la forma, la esencia y la realidad, lo invisible y lo visible".

No por casualidad la impronta de esta expresión cultural ha despertado la curiosidad, el interés hasta la fascinación o por lo menos, el respeto del más selecto grupo de intelectuales, poetas y artistas plásticos y la ferviente admiración de millones de personas de múltiples nacionalidades y muy distinta formación. Es el mismo Hegel quien afirma "No es el arte, en cualquiera de sus expresiones, una simple imitación de la naturaleza. No es un juego ni un mero solaz del espíritu. Tampoco la realización de una idea abstracta, es algo más raudo y milagroso: la manifestación del principio oculto que anima las cosas de la naturaleza". Regresa, en forma recurrente, a la única madre legítima que no necesita ni tolera imposturas ni falsificaciones con ropajes modernizantes. "La naturaleza ya es, de por sí, como un espejo sorprendente del espíritu universal; pero el arte va más allá, mediante sus símbolos nos evidencia claramente el espíritu y hace plena luz sobre su sentido".

Nadie puede negar en sano juicio que todas estas afirmaciones son íntimamente aplicables al arte del toreo. Y para cumplir con el precepto de lo bien rematado, el dialéctico añade: "El arte es una lengua divina, el más alto verbo del espíritu". Si la ignorancia petulante de los detractores se permitiera una mirada somera a sus orígenes y su significado encontrarían mejores banderas para desfogar sus frustraciones y nuevos estímulos a su curiosidad intelectual. "El arte solo cuando es libre e independiente es verdadero arte. Expresa la síntesis más profunda de la naturaleza humana y las verdades más completas del espíritu" y termina con una inquietante afirmación para quienes tienen la mente libre de prejuicios "Es en las obras de arte donde los pueblos han expresado sus más íntimos pensamientos y sus más ricas intuiciones". Bajo la perspectiva artística de la ejecutoria del toreo, tan fugaces como espiritualmente trascendentes, se comprende su raigambre y su impacto colectivo. No en balde el juicio diáfano de Don José Ortega y Gasset aconsejó a los interesados en comprender el curso de la historia de España durante los últimos tres siglos, estudiar la historia del toreo y su repercusión humana.

Por todo lo expuesto "saltarse a la torera", para emplear una de las frecuentes alusiones taurinas con que está salpicado nuestro lenguaje cotidiano, el origen, la historia y la trascendencia cultural de la fiesta de los toros, tal como hoy se conoce, para pretender combatirla con la intolerancia que exhiben sus enemigos visibles, es ante todo un atropello a la inteligencia de los pueblos ibero-americanos. Movilizados por organizaciones instrumentales de intereses y culturas exógenas, muestran más ambición que civilidad, tolerancia y comprensión para la diversidad cultural de la aldea global.

Sin embargo, no son ellos los adversarios más peligrosos. Tal como ocurre en todas las actividades humanas, ésta también está compuesta por representantes fervientes de su mayor grandeza en el mejor sector de sus profesionales y sus aficionados, quienes sin más provecho que el ejercicio de su afecto, disfrutan y padecen sus vaivenes y por otro lado de la tensa barra, quienes representan sus inescapables miserias: profesionales que traicionan su fe, impostores en busca de provecho material no siempre lícito y los cazadores de la notoriedad que no pueden conseguir en sus actividades personales. Todos forman parte de la fauna de lo que Díaz Cañabate llamó el planeta de los toros. El peligro sordo, pero cierto, lo conforman los salvadores autoproclamados que complacen su ego pregonando vicios ciertos, intencionadamente deformados o sencillamente ficticios, para ventilar sus conocimientos que los elevan por encima de los demás mortales. No encuentran más que ingenuos, cómplices, delincuentes y truhanes, pero tampoco aportan soluciones factibles, no se equivocan, ni tampoco se marchan, para conservar su intocable postura. ¡Dios salve a los toros de esos "salvadores"!

De lo único que podemos estar seguros que no serán los "salvadores" de oficio quienes puedan ayudar a encontrar la maleta perdida a quienes la execran sin sospechar su contenido y su significado para nuestro ancestro cultural, en el largo camino de su historia que merece, por múltiples razones más trascendentes todavía, respeto por lo menos. Mientras millones de seres sigan vibrando de entusiasmo, la fiesta de los toros perdurará sin "salvadores" hasta que los abanderados legítimos de la modernidad y el progreso terminen por comprender la riqueza de la pluralidad y el valor de la tolerancia.

Alberto Ramírez Avendaño

Mayo, 2003